

# MENTIRA

CARE SANTOS



edebé

**periscopio**

# **MENTIRA**

**PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL**

CARE SANTOS

# MENTIRA

**PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
JUVENIL**



Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Victoria Fernández, Sra. Anna Gasol, Sra. Rosa Navarro Durán y Sr. Robert Saladrigas.

© Care Santos, 2015  
www.caresantos.com

© Edición Cast. : Edebé, 2015  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebenet

*Directora de la colección:* Reina Duarte

*Editora:* Elena Valencia

*Fotografía de portada:* Shutterstock

*Fotografía de la autora:* Edebé

1.ª edición, marzo 2015

ISBN 978-84-683-1577-5

Depósito Legal: B. 1057-2015

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

—La vida es un juego, muchacho. La vida es un juego y hay que vivirlo según las reglas.

—Sí, señor. Ya sé que lo es. Ya lo sé.

*El guardián entre el centeno,*  
J. D. Salinger

*S*egún las estadísticas, en 12 meses hubo más de 18.000 delitos cometidos por menores de edad. Los más frecuentes fueron los robos: de coches, de dinero, de aparatos electrónicos (sobre todo, teléfonos móviles). En todo tipo de sitios: coches, supermercados, en plena calle, dentro de las casas... En total, 9.782 robos.

Entre los ladrones jóvenes, los más habituales son los de 17 años. Los 17 deben de ser una edad complicada. Tal vez entre los 16 y los 18 la gente se aburre. El caso es que en un solo año la policía detuvo a más de 3.000 ladrones de 17 años. De 14, en cambio, solo la mitad: 1.505.

Después de los robos, las estadísticas hablan de delitos de lesiones: 2.416 menores terminaron en la cárcel por ese motivo. «Lesiones» es cuando te peleas con un tipo, le arreas un puntapié y le haces daño de verdad. Después vienen las violaciones: 267. Bueno, la ley las llama «delitos contra la libertad y la identidad sexual».

Y así llegamos a lo más alto de la lista. Aquí

*tenemos los asesinatos. «Homicidio y sus formas», dice la ley. Total: 44 condenas. Poca peña, en resumen. De los 44, 43 son chicos. La única chica asesina de ese año tenía 16. Los de 17 ganan de nuevo por goleada. Son 20. Asesinos de 16 años también hay alguno, pero muchos menos: los datos oficiales hablan de 13. Incluso así, cuesta trabajo imaginarlos, ¿verdad? En el tarot, la carta número 13 es la Muerte; qué simpático. También tenemos ocho asesinos de 15 y tres de 14. Solo tres de 14. Tres son muy pocos.*

*Los jueces de menores no quieren ni oír hablar de quienes aún no han cumplido los 14. Antes de los 14 eres un crío, un inocente, un «inimputable». Significa que, hagas lo que hagas, no tienes la culpa. Eres alguien que todavía no sabe de qué va el mundo. Alguien que no ha probado aún el sabor amargo de la vida. Un privilegiado. No existes.*

*Quedémonos con esto: tres asesinos de 14 años. Tres raros entre los raros. Cualquier experto os lo diría: el asesinato es un delito poco habitual entre los jóvenes criminales, es demasiado grave, implica un gran esfuerzo, la*

*gente no se muere así como así. Aunque de vez en cuando, ocurre. Todo termina por ocurrir, tarde o temprano. Somos una raza de pirados. Cualquiera de nosotros es capaz de cualquier cosa, siempre que se den las circunstancias adecuadas. En la sociedad deben existir las frutas prohibidas para que las otras, las buenas, las sanas, puedan rechazarlas, alejarse, no dejarse contaminar. Respirad tranquilos. Los asesinos de 14 años no son la norma.*

*Soy una excepción. Una rareza de las estadísticas.*

*A veces me pregunto qué hicieron los otros dos.*



**I**  
**SALINGER**

# 1

**M**is padres son un rollo. Cada noche después de cenar se enzarzan en todo tipo de discusiones sobre temas complicadísimos: los banqueros, la crisis, los Estados Unidos, la seguridad mundial, la delincuencia, la pobreza... Me recuerdan uno de aquellos debates de la tele que duran un montón y que son más aburridos que un concierto de zambomba. En serio que no les entiendo. Entre ellos no suelen discutir por nada, pero son capaces de tirarse horas hablando de estas cosas. Hay que ser raro.

De la última discusión no hace tanto. En el telediario acababan de emitir unas imágenes donde se veía a un chaval rubio y alto propinando puñetazos en la cara a un pobre chico mientras ambos viajaban en metro. Un ataque

racista sin ningún motivo, dijeron. La víctima era oriental, nacido en Mongolia. Al agresor lo detuvo la policía y el juez le envió a un centro de menores. En las imágenes no se le distinguía la cara porque la llevaba cubierta por una especie de velo transparente. Eso es porque la ley protege a los delincuentes mientras sean menores de edad, me explicó mi madre. Mi padre hizo una mueca de desaprobación. No está de acuerdo en que las cosas ocurran así. Mamá piensa que los menores merecen otra oportunidad, que a los 17 años no hay nada que no tenga arreglo. Mi padre le preguntó de qué bando estaba, ya que defendía a los delincuentes.

—De ese pobre chico nunca debe de haberse ocupado nadie. Si lo hubieran hecho, sabría distinguir entre lo que se debe hacer y lo que no, y no se comportaría de ese modo —dijo ella.

—¡Anda ya! Un chaval de 17 años sabe muy bien lo que está bien y lo que no, y también sabe lo que se hace. Y al pobre apaleado, ¿quién le defiende, eh? —saltó mi padre.

—Todo el mundo, está claro —dijo mamá—.

A la víctima siempre la defiende todo el mundo. En nuestra sociedad el que sale mejor parado es el que sabe ir de víctima.

Bla, bla, bla. Como siempre. Una lata.

Para mamá «ocuparse de mí» —que soy hija única— significa un montón de cosas horribles: no dejarme ir jamás a la escuela con la ropa que me apetece; marearme con mil preguntas cada vez que salgo; quitarme el móvil a las diez de la noche con la excusa de ponerlo a cargar; no dejar que me conecte nunca desde la cama (¡ni siquiera los fines de semana!) o —peor aún— no dejarme tener el ordenador en mi cuarto. Sí, sí, eso es lo peor: tener que hacer los deberes en la cocina solo porque ella quiere «controlar lo que hago» cuando me conecto a Internet; y tener que soportar que de vez en cuando se detenga detrás de mí y mire la pantalla por encima de mi hombro solo para saber si hago algo que no le gusta. ¡Me pone muy nerviosa!

—¿Qué quieres que haga, con la cantidad de trabajos que me ponen en el *insti*? —le pregunto, a ver si se da cuenta—. Además, ya soy mayor, mamá, sé muy bien cuáles son los peligros de Internet.

Pero nada, mi madre no es de las que se dejan convencer fácilmente. Es como si no se fiara de mí. ¡Ni siquiera me deja tener Internet en el móvil! ¡Es increíble! Papá me mira apretando los dientes y como dándome la razón, pero él tampoco sabe qué hacer para convencer a mamá. Ninguno de los dos lo sabemos.

Una vez mi padre dijo:

—No es que mamá no se fíe de ti, Xenia. Es que en Internet existen peligros que ahora no puedes entender y que nos dan miedo. A ambos.

—Sé muy bien qué peligros hay en Internet. Ya no soy una niña pequeña.

Papá meneaba la cabeza.

—Dentro de unos años entenderás nuestro modo de actuar —añadió.

—Creo que no os entenderé nunca —susurré yo, y papá se rio.

Con papá es fácil reírse. Eso es lo que más me gusta de él. Puedo hablarle de todo, porque nunca se pone nervioso como mamá y porque nunca me trata como si tuviera diez años. No me importa hacerle confidencias a mi padre. Aquella noche, por ejemplo, casi le cuento lo de Marcelo. Me moría de ganas

de hacerlo, de decirle cómo todo estaba cambiando de repente y cómo me sentía. Feliz, extraña, distinta. Hacía días que no pensaba en nada más.

Si se lo hubiera dicho, seguro que no me habría echado ningún discursito de esos típicos de padres y madres. Pero él se lo habría contado a mamá, y eso sí era un problema. Papá y mamá siempre se lo cuentan todo.

Por suerte, supe callar a tiempo.

¿Por suerte?